

## *Die, Rise, Repeat*

The Christian faith is strange. It is based on the claim that the God who created the universe took on flesh in the person of Jesus Christ. Not satisfied to allow His straying children—the human race—to remain far from Him, He sent His Son into the world to search us out and reveal the road that leads to the Father. Yet, showing us the path was not enough. Our faith goes on to claim that this Incarnate Lord chose to suffer and die for our sake, taking upon Himself the cost of our sins and allowing Himself to be crucified to restore us to communion with God. Yet, there is more. The dead Lord's body was placed in a tomb and, after three days, was raised to a new and glorious life. The road that passes through suffering and the cross is the road that ends in life and communion with God. What human mind could have invented such a strange claim?

A life of faith in this Risen Lord is also strange. "Faith" is so much more than an intellectual assent to the Christian claim. It means that we consent to allow the death and resurrection of Christ to be repeated in our own lives. But, this is more than a one-time event. The Christian mystery is meant to be repeated constantly: following Christ in faith calls us to choose to die in concrete ways over and over again—and to experience the newness of life that God brings out of that place of self-surrender, of self-denial, of self-sacrifice, of pouring ourselves out and forgetting ourselves in love.

Today, we taste a small part of the joy of those early Christians who came to realize this strange and earth-shattering truth: the crucified Lord is not dead, He has risen. He is not in the tomb, He is alive. We have not lost Him; rather we, His lost sheep, have been found. Yet, as we echo the Alleluias of the first Christians, let's not forget that the Risen Lord now asks us to follow Him. The life of a faithful disciple follows the pattern of His life: die, rise, repeat. Though strange in the eyes of the world, if we embrace this call, we will be made new, glorious, and alive, in the image of the One who by His death won life.

*- Fr. Clayton*

## *Morir, Resucitar, Repetir*

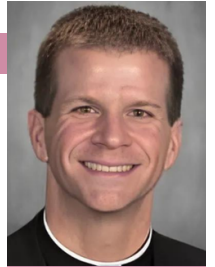
La fe cristiana es singular. Se basa en la afirmación de que el Dios que creó el universo se encarnó en la persona de Jesucristo. No contento con permitir que sus hijos descarriados —la raza humana— permanecieran lejos de Él, envió a su Hijo al mundo para buscarnos y revelarnos el camino que conduce al Padre. Sin embargo, mostrarnos el camino no fue suficiente. Nuestra fe afirma además que este Señor encarnado eligió sufrir y morir por nosotros, cargando con el peso de nuestros pecados y permitiendo que lo crucificaran para restaurarnos a la comunión con Dios. Pero hay más. El cuerpo del Señor muerto fue depositado en un sepulcro y, al cabo de tres días, resucitó a una vida nueva y gloriosa. El camino que pasa por el sufrimiento y la cruz es el camino que termina en la vida y la comunión con Dios. ¿Qué mente humana podría haber inventado una afirmación tan extraña?

Una vida de fe en este Señor resucitado también resulta extraña. La «fe» es mucho más que una mera aceptación intelectual de las afirmaciones cristianas. Significa que aceptamos que la muerte y la resurrección de Cristo se repitan en nuestras propias vidas. Pero esto es más que un acontecimiento único. El misterio cristiano está destinado a repetirse constantemente: seguir a Cristo en la fe nos llama a elegir morir de maneras concretas una y otra vez y a experimentar la novedad de vida que Dios saca de ese lugar de entrega de uno mismo, de abnegación, de sacrificio, de derramarnos y olvidarnos de nosotros mismos en el amor.

Hoy saboreamos una pequeña parte de la alegría de aquellos primeros cristianos que llegaron a comprender esta verdad extraña y trascendental: el Señor crucificado no está muerto, ha resucitado. No está en el sepulcro, está vivo. No lo hemos perdido; más bien, nosotros, sus ovejas perdidas, hemos sido encontrados. Sin embargo, al hacernos eco de los aleluyas de los primeros cristianos, no olvidemos que el Señor resucitado nos pide ahora que lo sigamos. La vida de un discípulo fiel sigue el modelo de Su vida: morir, resucitar, repetir. Aunque resulte extraño a los ojos del mundo, si abrazamos esta llamada, seremos renovados, glorificados y vivificados, a imagen de Aquel que con Su muerte ganó la vida.

*- P. David*

PAGE 3



**READ &  
SHARE**

